

# «Me alquilo para soñar», o De la función del analista



ÁLVARO ZAS<sup>1</sup>

*En recuerdo de Luz Porras*

Ocurrió hace tiempo. Fue al final de una sesión de comienzos de mayo. Federico era un ávido lector. Literatura e historia eran referencias habituales en sus sesiones. Con frecuencia citaba espontáneamente textos leídos. O relacionaba sucesos u objetos que observaba en mi consultorio con los períodos históricos en que fueron creados.

Curiosa y sintomáticamente, a sus dieciocho años era un mal estudiante de secundaria que no encontraba motivación suficiente para encarar ningún estudio con cierto entusiasmo.

Esa tarde, al terminar la sesión, me anunció que la familia le había encargado algo, al tiempo que abría un bolsillo de su mochila y extraía el dinero para pagar mis honorarios. Era la primera vez que lo hacía; había comenzado su análisis el mes anterior.

Me preguntó el importe porque no lo había calculado. Y mientras yo buscaba la agenda para fijarme en las sesiones, dijo con tono irónico:

-Me vendo para soñar...

Recordé el cuento de García Márquez (1992) leído mucho tiempo atrás. Federico mismo había mencionado, entre sus citas en sesiones anteriores, el libro de García Márquez, y creo que eso fue lo que motivó mi asociación. Lo miré devolviéndole una sonrisa tranquila y le dije:

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [alvarozas@adinet.com.uy](mailto:alvarozas@adinet.com.uy)

-Me alquilo...

-¿Qué...? -me preguntó con sorpresa.

-No me vendo, me alquilo... El cuento se llama «Me alquilo para soñar»

-le dije.

-¡Pah!... Cierto... ¿Cómo era? Había algo de Cuba... del mar... ¿no?

Me volvieron repentinamente fragmentos del relato, algunos muy nítidos: el golpe de mar en el malecón de La Habana que estrellaba varios autos, entre ellos uno conducido por una mujer que, después se sabrá por la narración, se alquilaba para soñar. No recordé en ese momento mucho más, salvo que la mujer era una charlatana que se ganaba el sustento generando un lazo de dependencia de sus empleadores con respecto a sus sueños proféticos. Pero no dije nada de eso.

Las cosas quedaron ahí ese día. No me acordé más del asunto ni fui a leer el cuento. A la sesión siguiente, lo retomé al principio (¿o lo hizo él?, no me acuerdo). Señalé que justo había surgido la asociación con el cuento en el momento en que me pagaba por primera vez y que se notaba que eso no le generaba mucha confianza en mí.

Soltó una carcajada que retumbó en el consultorio y un montón de explicaciones para «convencerme» de que no era así, que era perfectamente lógico que cobrara, etc. etc.

No retuve más detalles de la sesión en sí, solo que seguimos trabajando este nudo transferencial que había delatado con su asociación. Surgieron en ella manifestaciones de su resistencia, de su desconfianza hacia un espacio mediado por el dinero y de sus temores a avanzar en un trabajo sobre sí mismo que lo enfrentaba a aspectos desconocidos que cuestionaban sus certezas y sus saberes. Tanto los elementos resistentes que menciono como el sentido del lapsus que sustituyó *alquilo* por *vendo* fueron paulatinamente develados en el trabajo analítico de las sesiones posteriores, al ser retomado por Federico en ellas, pero eso llevaría este trabajo por otro rumbo que no pretendo abordar ahora. No me propongo profundizar sobre esta línea del trabajo con Federico.

Mi propósito en este trabajo es reflexionar sobre la función del analista, y tomo esta viñeta clínica como un *pretexto* -en todo el amplio sentido del

término- porque me permite articular algo de la importancia del sueño, pero sin la intención de adentrarme más en la conflictiva particular de mi paciente ni en el desarrollo de lo que fue el trabajo con él.

En esos días yo tenía una tarea que abordar en un grupo en el que participaba sobre literatura y psicoanálisis. La coordinadora había propuesto que buscáramos un cuento que nos hubiese impactado mucho. No sabía cuál elegir de los que se me venían a la cabeza (al fin de cuentas, ¿cómo determinar el cuento que más nos impactó?), hasta que la sesión con Federico me dio la respuesta.

Días después de la segunda sesión, lo releí. Narrado en primera persona, supuestamente por el propio García Márquez, el personaje de la mujer muerta en La Habana -Frau Frida- era una colombiana a quien había conocido muchos años antes.... en Viena, la ciudad de Freud.

Pitonisa de oficio, efectivamente como había recordado, alquilaba sus servicios de pronosticadora del futuro por medio de sus sueños y la interpretación de los ajenos con un método que no usaba en forma lineal el simbolismo de las imágenes oníricas como soporte para sus pronósticos.

Por ejemplo, que un niño fuera arrastrado por el agua no significaba que no debía tomar baños de mar, sino que no debía comer dulces. Así amasó una fortuna y de paso se apoderó de la conducción de las vidas de aquellos que la consultaban.

La acción del cuento, narrado en retrospectiva, se desliza de La Habana a Viena y de Viena a Barcelona donde, en un juego de espejos digno de Borges, el poeta Pablo Neruda y Frau Frida se sueñan mutuamente, para recalcar de nuevo en La Habana y en el final abrupto de la adivina.

«Me vendo para soñar», enunciado con ironía ante el pago de mis honorarios por primera vez, traslucía la desconfianza de Federico por lo que estaba gestándose en ese espacio.

De hecho, en esa sesión no había traído a colación ningún sueño. Sí había ocurrido en alguna oportunidad anterior, y la posibilidad de acercarse a otro sentido detrás del manifiesto le había generado un efecto de sorpresa que se fue desplegando en las sesiones siguientes. Había sido una experiencia puntual. No hizo más referencia a eso y, sin embargo, el comentario al pagar delataba lo presente que esa sorpresa seguía en él;

también la reacción de rechazo, delatada en el *vendo* y en la asociación con el cuento: acusarme de «mercenario», «vendido», «embaucador» podría ser la primera línea de interpretación.

A la vez, más sutilmente, late una pregunta para sí mismo: «¿Me vendo para soñar?», «¿le vendo el alma al diablo?», «¿qué hay en esto de verdad?»; enlace con su resistencia haciendo eco con sus síntomas, que lo encadenan gozosamente a un mismo lugar de repetición de fracasos en los estudios.

En el *vendo* o *alquilo* del ejemplo late también una aspiración de absoluto, que estaba entrelazada a las repeticiones de Federico. Si *vendo*, él puede comprar, se puede adueñar de un saber que me pertenece y me coloca en un sitio de privilegio ante el cual se siente disminuido.

Pero, al mismo tiempo, ese movimiento –si vendo, me abarata y desprestigia– reduce el oro que supuestamente poseo a una mera chafalonía, lo que se trasluce en el tono irónico de su enunciación. Hay algo inasible en el circuito en el que Federico está atrapado.

En el *me alquilo* se esconde una posibilidad que niega el absoluto. Me presto para construir un sentido entre dos que no puede ser de él, pero tampoco es mío. Que rompe la esperanza de completud.

Como dije antes, el entrecruzamiento de textos de la sesión y el cuento me parecen ahora, tantos años después, un buen punto de enlace para desarrollar algunas ideas que articulen los sueños con la tarea analítica y las particularidades que esta tiene.

Me parece un buen ejemplo para pensar la importancia del sueño para el psicoanálisis. Más aun, creo que el sueño, la tarea psicoanalítica de producir sus sentidos, es la que mejor posibilita acercarnos de forma conmovedora a esa «otra escena» que nos devela el deseo inconsciente. No es ninguna novedad. Freud (1900-1901/1976) ya lo dijo al hablar de la «vía regia hacia el conocimiento de lo inconsciente dentro de la vida anímica» (p. 597).

Pero también creo, y es mi hipótesis en este trabajo, que la interpretación de los sueños (así, con minúsculas) es la tarea que construye el espacio analítico más que ninguna otra en la experiencia cotidiana del encuentro.

Tanto como que *La interpretación de los sueños* abrió el camino del psicoanálisis, si escuchamos los planteos de Anzieu (1959/2001) o de Mannoni

(1970/1973), es cierto también que marcó el rumbo del pensamiento del siglo XX al destrozarse el lugar que ocupaba la conciencia, tal como plantea Watson (2000/2002).

Es recién con la tarea de interpretar sus propios sueños cuando Freud da el salto epistemológico que lo lleva al descubrimiento del psicoanálisis. Es con los sueños que pasa del terreno de la psicopatología y de sus estudios sobre la histeria a comprender y teorizar un modelo del aparato psíquico que no se aplica solo a la patología.

Anzieu (1959/2001), por ejemplo, nos muestra cómo antes de *La interpretación de los sueños*, Freud ya estaba en posesión intelectual de dos de sus futuros «puntos de vista» metapsicológicos: el dinámico y el económico. De Herbart, según Anzieu, habría tomado la idea de conflicto psíquico, la que se convertirá en pilar de su construcción teórica, aportando la dinámica de energías enfrentadas. Gracias a la escuela de Helmholtz, contaba con la idea de una economía psíquica con movimientos de montos de energía y, en particular, de una energía a la que denominará *libido*.

Sin embargo, es solo con el trabajo de los sueños, y en particular tomando como punto de partida sus propios sueños, que Freud alcanzará la intelección de un punto de vista tópico, es decir, de un modelo del psiquismo diferenciado en sistemas con leyes de funcionamiento propias y particulares a cada uno de ellos.

Y añadido otra idea, aportada por Mannoni (1970/1973): la ventaja que Freud le reconoce al sueño de ser «un fenómeno «patológico» normal, exactamente el fenómeno normal para ayudar a comprender los hechos patológicos».

No podemos olvidar que siempre, a todo lo largo de su obra, Freud se apoyó en la idea de que la patología mostraba, ampliados y deformados hasta lo grotesco, los fenómenos de la vida psíquica normal. Un concepto que también había heredado de su formación en la escuela de pensamiento médico de Brücke, Helmholtz y Du Bois-Reymond.

¿Por qué, entonces, en este ejemplo? Porque en la enunciación de Federico se esconde un entrelazado de sentidos que, al modo de una producción onírica, es capaz de ponernos en la pista de la transferencia que se anuncia en la sesión, del conflicto psíquico y sus derivas. Pero también porque *es un*

*momento de descubrimiento*, de atisbo de un orden de cosas que desacomodan y sorprenden, y que él mismo refiere a los sueños y el soñar.

Nos muestra un fenómeno que Freud ya describió en su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901/1976c): el joven con quien comparte el viaje que olvida la palabra *aliquis*, y en ese olvido oculta y delata fantasías filicidas.

Si en el ejemplo de *aliquis* hay fantasías filicidas, en Federico podemos encontrar fantasías parricidas, un padre valorado que se desmorona al traicionarlo por un puñado de monedas. Esto surgió del trabajo posterior de las sesiones, pero ya apareció anunciado en el lapsus que ahora retomo.

Freud equiparó los mecanismos del sueño y los de los actos fallidos. Los acercó también por sus elementos «plásticos»: el miramiento por la figurabilidad onírica o la expresión en acto, en *forma*, en *gesto*, en chispa de sentido que estalla.

Al modo de un «pensamiento soñante», como lo llama Pontalis (2000/2005b), la cita fallida de Federico deriva en conexiones que irán surgiendo en las sesiones siguientes como los movimientos asociativos frente a las imágenes de un sueño.

Es ese mecanismo que -siguiendo una expresión de Pontalis (1997/2005a, pp. 13-14)- hace que el río corra hacia sus nacientes -o hacia cualquier lado-, y no hacia su desembocadura, como se supone que hacen los ríos. Lo que acerca el discurso en la sesión analítica a la producción onírica, camino «arbitrario» que encuentra el deseo.

Y creo que mientras eso no ocurre, mientras no se logra que el discurso de la sesión fluya sin demasiado miramiento por la comprensibilidad (obviamente, sin incurrir en la incomprensibilidad del delirio), no hay un espacio analítico cabalmente instalado.

Vuelvo a Pontalis y su «pensamiento soñante» para citar un breve fragmento. Luego de señalar el interés de Freud por descifrar los jeroglíficos de las imágenes del sueño, Pontalis (2000/2005b) se pregunta:

¿Y si lo esencial de la *Traumdeutung* estuviese en otra parte? En la afirmación, pruebas al canto, de que soñar es una actividad de pensamiento. El sueño no me transporta a otro mundo, piensa y me piensa. Su pensamiento es distinto del que llamamos pensamiento pues es ¡un pensamiento que no sabe que piensa! (p. 28)

Un pensamiento que no sabe que piensa creo que podría acercarse a la asociación libre de la sesión. Ese deambular, como dice Pontalis, «no soñador, sino soñante» (p. 28). Sin conciencia de su rumbo ni destino.

Porque no se trata de ser *soñador* en la sesión, sino *soñante*, y para el analista la primera tarea es construir ese espacio que deja emerger al soñante. Ese que contempla las imágenes que pasan frente a la ventana del vagón en el que está embarcado, como proponía Freud al invitar a la asociación libre, o como observamos nuestros sueños, contemplándolos ante nuestros ojos.

Allí me parece que se centra la función del analista, crear esa posibilidad y mantenerla vigente, sostenerla soñante. Es una tarea de descubrimiento, siguiendo a Freud, de lo inconsciente y del Inconsciente, como cualidad y como lugar psíquico.

Y para ello vuelvo a la viñeta y a lo que mencioné antes. Aunque no hay un sueño, el sueño está en el horizonte. Hay también una formación de compromiso en la cita errónea. Todos retoños del inconsciente, al tiempo que asoma también la transferencia en su relación con el Inconsciente, como otro nuevo y distinto retoño.

Allí, en la transferencia, en la desconfianza manifiesta de Federico que esconde y delata un deseo colocado en el espacio del análisis, también podemos encontrar los mismos mecanismos del sueño en acción.

El analista «vendido» o «comprable» se ofrece a los ojos de Federico como un objeto «oniroide», que tiene para él el riesgo posible de convertirse en una Frau Frida, una congeladora de «sentidos oníricos» que enfrenta a sus consultantes al horror y el espanto para atraparlos en esa red de fascinación, pero sin posibilitar un movimiento de apertura que desarticule las repeticiones.

Es el riesgo del analista, muchas veces poco percibido por él mismo, de plantarse y ofrecerse al analizante desde un saber, cualquiera que él sea. Es el riesgo que descubrió Freud al poner en entredicho y despegarse de su saber médico, y que pudo sortear al darse un tiempo para la escucha.

Cito aquí un fragmento de Winnicott, de su obra *Realidad y juego* (1971/1988), pues me parece pertinente para aclarar estas ideas:

En términos de libre asociación, ello significa que al paciente en el sofá o al niño entre los juguetes, en el suelo, se les debe permitir que comuniquen

una sucesión de ideas, pensamientos, impulsos, sensaciones, que no tienen relación entre sí, salvo en forma neurológica o fisiológica, y que quizá no es posible detectarlos. Es decir, que el analista podrá reconocer y señalar la vinculación (o varias vinculaciones) entre los distintos componentes del material de libre asociación cuando existe una intención, o ansiedad, o falta de confianza basada en la necesidad de defensa.

En el relajamiento correspondiente a la confianza y a la aceptación de la seguridad profesional del marco terapéutico (sea este analítico, psicoterapéutico, de labor social, arquitectónico, etc.) hay cabida para la idea de secuencias de pensamiento no relacionadas entre sí, que el analista hará bien en aceptar como tales, sin suponer la existencia de un hilo significativo de unión entre ellas. (p. 81)

Y, un poco después en el mismo texto, Winnicott agrega:

Puede que se deba aceptar la existencia de pacientes que a veces *necesitan al terapeuta para advertir la insensatez* correspondiente al estado mental del individuo en reposo, sin que el paciente necesite siquiera comunicar tal insensatez, *es decir, sin necesidad de organizarla. La insensatez organizada es ya una defensa, así como el caos organizado es una negación del caos.* El terapeuta que no puede captar esa comunicación se dedica a un inútil intento de encontrar alguna organización en lo carente de sentido, como consecuencia de lo cual el paciente abandona esa zona, dada la imposibilidad de comunicar lo insensato. (p. 82; las itálicas son mías)

Sin embargo, el cuento de García Márquez también deja una puerta abierta, un ombligo del sueño abierto a lo ignorado. Hay un punto donde Frau Frida es rescatada de ese lugar de fascinación y queda abierto un interrogante: en el episodio en el que Neruda sueña que Frau Frida sueña con él, cosa que Frau Frida le confirma al narrador: ella también soñó al poeta al mismo tiempo.

El analista es soñado en la transferencia, pero a la vez él «sueña» al analizando; también su deseo de analista juega un papel en ese encuentro. Importa marcarlo porque es allí donde el analista «se alquila» para recibir el deseo del analizando. Como se puede ver en el desarrollo de

este trabajo, uso el término *alquilado* tanto en el sentido de ser habitado transitoriamente como en el de ser ocupado, pero no en propiedad, sin pleno dominio sobre lo ocupado.

El analista es habitado por su deseo y desde allí responde al deseo del analizando, tanto como también puede responder desde el pensamiento. Puede permitir ser habitado, pero puede correr el riesgo de ser ocupado y perder la distancia que frustra el deseo del analizando, y con ello imposibilitar la construcción de sentidos nuevos.

El analista debe ser perceptivo a cuánto o cómo eso ocurre, atento a sus propias respuestas, que muchas veces pueden pasar desapercibidas para sí mismo al ser puestas en acto.

Lo ignorado está allí; es ignorado por el analizando, pero también es ignorado por el analista. Es el pensamiento soñante del analista el que también puede escuchar, el que puede *alojar* algo, lo que creo que podría acercarse a la idea de atención flotante (aunque no sea exactamente lo mismo) que Freud (1912/1976a) postula en sus trabajos sobre técnica.

Al advertir sobre el riesgo de fijar la atención en el discurso de la sesión, dice:

si en la selección uno sigue sus expectativas, *corre el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya sabe*; y si se entrega a sus inclinaciones, con toda seguridad falseará la percepción posible. No se debe olvidar que las más de las veces uno tiene que escuchar cosas cuyo significado *sólo con posterioridad {nachträglich}* discernirá. (p. 112; las itálicas son mías)

Y ese ambiente onírico en acto es mucho más visible aun en el juego de la sesión con niños. Mucho más marcado que en el discurso del adulto, el acto expresa con la misma fuerza y violencia o con la misma sutileza que en la imagen onírica.

Myrta Casas (1999) lo ha expresado claramente, y transcribo sus palabras:

El niño, en su decir, transcurre entre gestos, juegos y palabras. Dice con el gesto, señal del que enuncia (enunciación), y dice con el acto-juego un decir distinto, inventivo, frente al cual el decir (o el saber) del analista se empequeñece. El gesto no sería antecedente o predecesor del lenguaje,

aunque el niño adquiriera este último en forma tardía frente al movimiento o la gesticulación. No es un menos frente a un más, sino una forma de lenguaje, *metáfora viva*; el gesto y el juego determinan una imagen para sí y para el otro, hecho que por otra parte no está destinado a desaparecer sino que articulándose cada vez más a la palabra enriquece la comunicación. (p. 52)

El niño *juega-sueña* y el analista *juega-sueña*, y en ese juego-sueño entre dos se desliza el deseo y construye un sentido *a posteriori*.

Por supuesto, el sueño y el juego no son lo mismo. El juego al que me refiero aquí, el que acerco al soñar, es el que se despliega en la sesión analítica. Tienen zonas limítrofes y territorios distantes. Se parecen a esas ciudades de frontera donde sus habitantes, que son de un lado u otro, por momentos hablan un lenguaje que mezcla términos de ambos idiomas.

Me apoyo en ideas de Winnicott (1971/1988), cuando expresa que «esa zona de juego no es una realidad psíquica interna. Se encuentra fuera del individuo, pero no es el mundo exterior» (p. 76).

En mi propia experiencia, muchas sesiones en la sala de juegos cobran ese cariz de «otra escena» que Freud (1900-1901/1976b, p. 529) rescató de Fechner para designar la región ignota donde ocurren los sueños. Esa región de la que, sin embargo, dirá que es lo verdaderamente real del mundo psíquico:

Lo inconciente es lo psíquico verdaderamente real, *nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales.* (p. 600)

Estar disponible a ese juego, a ese sueño. Prestarse a ser llevado a territorios rayanos en el espanto. Permitir ser alquilado para ser soñado y ser soñante en ese encuentro donde se «entrecruzan textos» sería, a mi modo de ver, la posibilidad de construir un espacio de análisis abierto al Inconciente. Esa sería la función del analista. ♦

## RESUMEN

Se toma como punto de partida una viñeta clínica que muestra una cita fallida de un cuento de García Márquez, en la que aparece una referencia al soñar en análisis. A partir de allí, el trabajo reflexiona sobre la importancia de la función del sueño en la tarea de descubrimiento del Inconsciente. Se toma como base el giro que significó *La interpretación de los sueños* dentro de la elaboración teórica de Freud y la consagración de esta obra como pilar fundante del psicoanálisis. A continuación, se plantea la hipótesis de que la disposición del analista es determinante para posibilitar la aparición de las producciones del Inconsciente y es central a su función de analista. Se reflexiona sobre la idea de ser *alquilado*, en el sentido de ser habitado por el deseo del paciente, y desde allí las respuestas posibles que el analista puede desarrollar. Se compara también esta situación con el trabajo analítico con niños en la sala de juegos.

*Descriptor:* SUEÑO / JUEGO / LITERATURA / MATERIAL CLÍNICO / TRANSFERENCIA / LAPSUS / PSICOANALISTA

## SUMMARY

The starting point for this paper is a clinical vignette which shows a misquotation of a story by García Márquez, where there is a reference to dreaming in analysis. Based on this, the paper is a reflection on the importance of the role of the dream in the task of discovering the Unconscious. *The interpretation of dreams* is considered a shift in Freud's theoretical elaboration and its consecration as the founding pillar of Psychoanalysis. The paper puts forward the hypothesis that the analyst's disposition is determining for the emergence of the productions of the Unconscious, and it is central to his role as an analyst. The paper then considers the idea of being for rent, in the sense of being inhabited by the wish of the patient, and from there, the possible responses that the analyst can develop. This situation is compared to the analytical work with children in the play room.

*Keywords:* DREAM / PLAY / LITERATURE / CLINICAL MATERIAL / TRANSFERENCE / LAPSUS /  
PSYCHOANALYST

## BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu, D. (2001). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1959).
- Casas de Pereda, M. (1999). Gesto, juego y palabra: El discurso infantil. En M. Casas de Pereda, *En el camino de la simbolización*. Paidós.
- Freud, S. (1976a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1976b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900-1901).
- Freud, S. (1976c). Psicopatología de la vida cotidiana. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 6). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901).
- García Márquez, G. (1992). Me alquilo para soñar. En G. García Márquez, *Doce cuentos peregrinos*. Sudamericana.
- Mannoni, O. (1973). *Freud: El descubrimiento del inconsciente*. Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1970).
- Pontalis, J.-B. (2005a). *Este tiempo que no pasa*. Topía. (Trabajo original publicado en 1997).
- Pontalis, J.-B. (2005b). *Ventanas*. Topía. (Trabajo original publicado en 2000).
- Watson, P. (2002). *Historia intelectual del Siglo XX*. Barcelona. (Trabajo original publicado en 2000).
- Winnicott, D. W. (1988). *Realidad y juego*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1971).